

LA FAMILIA CRISTIANA

Profesor Donald R. Bond

Libro de Texto:

LA FAMILIA CRISTIANA

por

Donald Bond y Viviana de Bond

Sebring, FL: Editorial Bautista Independiente, 1983

Requisitos del Curso:

1. Se requiere asistencia a las clases.
2. Cada estudiante procurará su propio libro de texto.
3. Habrá una previa cada clase acerca del tema a tratarse en la clase (vea tareas y temas).
4. Cada estudiante leerá 100 páginas de un libro aprobado por el professor y dará un sumario oral de la lectura (de 5 a 10 minutos de duración) en la clase.

Las notas:

Promedio de previas	10
Lectura y Presentación	05
Final exam	<u>05</u>
	20

Temas y Tareas:

- Clase 1 - Orientación, Distribución del Syllabus, e Introducción.
- Clase 2 - Principios Bíblicos del Matrimonio. Bond pp. 1-25
- Clase 3 - El Amor Verdadero. Bond pp. 26-48
- Clase 4 - El Hombre en la Familia. Bond pp. 49-69
- Clase 5 - La Mujer en la Familia. Bond pp. 70-103
- Clase 6 - Los Hijos y la Disciplina. Bond pp. 104-127
- Clase 7 - El Adolescente en la Familia. Bond pp. 128- 160
- Clase 8 - La Educación Sexual. Bond pp. 161-175
- Clase 9 - Preparación para el Matrimonio. Bond pp. 176-200
- Clase 10- La Presencia de Cristo en la Familia. Bond pp. 201-233. Examen

PRINCIPIOS BÍBLICOS DEL MATRIMONIO

El matrimonio no es simplemente un contrato social entre un hombre y una mujer. Es una parte de la creación divinamente ordenada por Dios. Él lo creó, determinó su estructura interna, y ordenó para ello ciertos propósitos y metas. La familia es una institución de Dios. En ella un hombre y una mujer pueden cooperar con los propósitos de Dios en la creación y así glorificarle a Él. *Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican* (Sal. 127:1). Desde luego, la familia cristiana no existe para su propio beneficio. Dios la creó, así como creó la humanidad, para traer honra y gloria a Si Mismo. *Todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice* (Is. 43:7).

Una familia cristiana no es solamente una familia hecha de cristianos. Es una familia donde Cristo es Señor y donde Su Palabra es la base de su código moral. Si Cristo es verdaderamente el Señor en una familia, su relación con Él influirá todas las relaciones entre los miembros. Afectará como gastan su dinero y tiempo, como adornan su casa, como pasan su tiempo libre y sus vacaciones.

Este curso se basa en ciertos principios escritos en la Biblia. Hemos de estudiar lo que el Creador de la vida familiar dice de ella. Ciertamente Él quien creó las familias sabe algo de ellas y como deben funcionar. Él nos ofrecerá el mejor consejo y debemos obedecerlo en vez de seguir las prácticas y las tradiciones mundanas si queremos agradarlo y gozar de sus bendiciones.

Las condiciones y las situaciones pueden cambiar pero los principios básicos, establecidos por el Creador, durarán tanto tiempo que duren Él y la creación.

La norma dominante de relativismo y licencia en nuestra cultura actual contrasta totalmente con el concepto bíblico de orden y autoridad. Problemas serios resultan de seguir las actitudes y prácticas de la cultura de hoy día. Una familia cristiana verdadera practica la presencia de Cristo Jesús continuamente. Este es posible cuando establecemos el orden divino en el hogar. Dios es un Dios de orden y autoridad. Practicar el orden divino en el hogar crea un ambiente donde Jesús está “en casa” y el Espíritu Santo está libre para hacer Su obra de enseñarnos y dirigirnos en la clase de vida familiar que Dios planeó y que resulta en una vida abundante. Cuando un hombre y una mujer se sujetan a la voluntad de Dios, el matrimonio es una experiencia bella, emocionante y satisfactoria.

El espíritu que opera en el mundo hoy se opone a todas las enseñanzas fundamentales de las Escrituras acerca de la vida familiar. Hay una campaña activa de parte del gobierno, la educación, y la comunidad contra la familia tal como fue instituida por Dios. Estoy convencido que la inmutable Palabra de Dios es suficiente para toda circunstancia, para toda edad, y para cada individuo, familia, y nación. Las teorías y prácticas humanas están sujetas a revisión constante. Considera los libros de medicina o de ciencia de hace cien años, es gracioso leer algunas creencias y prácticas de aquel tiempo. Hasta un niño de primaria puede darse cuenta de la ignorancia y errores. Mientras que progresamos en conocimiento, las opiniones y enseñanzas de origen humano son continuamente revisadas. En cambio, las enseñanzas de la Palabra de Dios no necesitan revisarse. Son inspiradas por Dios (2 Ti. 3:16) y son eternas. Son verdad hoy igual como cuando fueron escritas. Estoy seguro que después de otros 100 años nuestros actuales libros psicológicos, sociológicos, médicos, y científicos, igual a los del siglo pasado serán encontrados erróneos y obsoletos. Nuestros bisnietos se reirán de ellos. Esto jamás ocurrirá con la Palabra de Dios que perdura a pesar de los tiempos. *Porque de cierto os digo que hasta que*

pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido (Mt. 5:18).

La ceremonia del matrimonio no trae felicidad automática como las novelas y el cine lo presentan. Amar y vivir con su cónyuge requiere un darse de si mismo diariamente para el bien del otro. Puesto que Dios creó al hombre y a la mujer para esta entrega mutua, es obvio que las mejores instrucciones y el mejor consejo para el matrimonio se encuentran en la Biblia. Dios diseñó el matrimonio para el bien de la humanidad. Con el fin de encontrar la felicidad plena en el matrimonio los cónyuges tienen que trabajar juntos para armonizar sus diferencias mentales, espirituales, emocionales, y físicas en una sola unidad.

Una pareja comienza su matrimonio muy enamoradas pero la luna de miel no es una experiencia permanente. La naturaleza pecaminosa se manifiesta más y más y conflictos entran en su relación. Si estos conflictos no se resuelven en una manera bíblica el amor se reemplaza con hostilidad y rencor que seguirán en una espiral descendente hasta la separación; así como se ve en el siguiente versículo: *Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios os perdonó a vosotros en Cristo (Ef. 4:31,32).*

Con toda la confusión, violencia e inseguridad que nos rodean en el mundo, necesitamos un lugar en la vida donde podamos estar cercados con paz y amor; Dios creó el hogar con ese propósito. Todos queremos esa clase de hogar pero no lo forma la casualidad, resulta de seguir activamente los principios bíblicos en todas las actitudes, las relaciones, y las acciones en la vida familiar.

EL AMOR VERDADERO

Los primeros tres años de la vida matrimonial son generalmente los años más difíciles en el desarrollo de la vida mutua de una pareja. Hay tres áreas básicas donde tiene que haber una adaptación si los cónyuges van a crear una relación feliz y armoniosa. Estas 3 áreas son mentales, físicas, y espirituales. Las tres son interrelacionadas y si hay falta de armonía conyugal en una, las tres estarán afectadas. La esfera espiritual es sin duda la más importante siendo que ésta mejorará dramáticamente la adaptación en las otras.

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley . . . Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu (Gál. 5:22,23, 25). Para tener algo hay que regalárselo al otro. Si quiere amor, no lo busque, delo. La Biblia nos dice que cosecharemos lo que sembramos. Si uno muestra amor constante, volverá a recibir amor. Una pareja que da y recibe el fruto espiritual mencionado en Gálatas probablemente tendrá un matrimonio contentísimo y satisfaciente. Todos somos vulnerables al egoísmo porque somos por naturaleza pecadores. Una vida espiritual sana ha de mejorar las adaptaciones mentales que son esenciales para una buena adaptación física. Trabajan juntas estas tres en los individuos que se han juntado en una sólo carne.

Reacciones egoístas indican la necesidad de la gracia de Dios en la vida. Si mi cónyuge dice algo mordaz o desconsiderado y respondo igual con palabras poco amables, yo he pecado. Mi cónyuge también ha pecado pero yo no soy responsable a Dios por su pecado; soy responsable solamente por el mío. Como con cualquier pecado tengo que confesarlo a Dios y

luego a la persona ofendida. No es mi responsabilidad cambiar a mi cónyuge. No lo puedo. Sólo Dios puede cambiar el corazón de una persona.

No se ha casado con una persona perfecta; ni tampoco lo ha hecho su cónyuge. Por lo tanto los dos tendrán que perdonarse el uno al otro por los pecados, el egoísmo, falta de consideración y errores. *Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas* (Mt. 6:14,15). Su manual de Dios acerca del comportamiento humano, la Biblia, nos da consejos excelentes en cuanto a la vida matrimonial. La garantía que abarca todo para la felicidad en el matrimonio es la abnegación. Todos nacemos completamente egoístas. Las criaturas y los niños son por naturaleza egoístas y no se preocupan del bienestar de los demás. Mientras que van creciendo, con disciplina e instrucción adecuada, aprenden a considerar los deseos y las necesidades de otros. Esto es una parte de la madurez. La falta de madurez en el matrimonio es un problema serio y destructivo.

La etapa de adaptación en el matrimonio, (generalmente unos tres años), naturalmente produce conflictos de interés. Las personas egoístas toman decisiones solamente basadas en lo que quieren o en lo que les beneficia. Cuanto más inmaduros los cónyuges, más áreas de conflicto se esperan. Sin embargo, los desacuerdos son inevitables en el matrimonio y la pareja tiene que buscar la forma de solucionar los problemas. Si encarar sus mutuas frustraciones, las conversan y buscan resolverlas en una manera positiva, pueden terminar los desacuerdos. Dos personas maduras, mostrando el fruto del Espíritu, pueden encarar sus áreas de conflicto con comunicación abierta y en una forma amigable resolver el problema.

La persona que insiste en “su propia manera” está desarrollando un proceso destructivo que producirá un matrimonio infeliz. Si quiere que su cónyuge le trate con cortesía, con

consideración, y sin egoísmo, hay que tener suficiente madurez para tratarlo de esa misma manera . Individuos maduros, mostrando amor bíblico verdadero, no entran en el matrimonio con el fin de aprovechar algo para sí, sino más bien, para dar lo que puedan a su compañero. *Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superior a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros* (Fil.2:3,4).

La llave que garantiza un matrimonio feliz es el amor bíblico. La mayoría de la gente de hoy no entienden lo que es el amor. Confunden la atracción física, lujuria, deseo personal, compasión, o lástima con el amor. La Palabra de Dios dice que el amor de un hombre para su esposa debe igualar su amor para sí mismo. Dice también que el hombre debe amar a su esposa así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella (la Iglesia). Ese amor es un amor sobrenatural. No es natural amar a otros como nos amamos ni amar como ama Dios. Sin embargo, Dios nunca nos manda hacer algo sin darnos el poder para hacerlo. Si le pedimos, El nos proveerá ese amor sobrenatural. *Amados, amémosnos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios* (1 Jn.4:7).

El amor es benigno. Muchas parejas, después de un tiempo de estar casadas, olvidan mostrar benignidad. Se ponen cáusticos, sarcásticos, y mordaces en su hablar o practican el trato de silencio. Después de cada conversación, cada cónyuge debe preguntarse, “¿Fui benigno/a?” Si no, deben pedir perdón y buscar la ayuda de Dios para practicar la benignidad.

Todos necesitamos aceptación, especialmente de parte de aquellos a quienes amamos. Para tener un compañero contento tenemos que mostrar nuestro amor por alabarle con frecuencia y por agradecerle tanto públicamente como en privado. La desaprobación es una manera de

castigar a una persona y daña la relación. El elogio de lo bueno siempre da mejores resultados que la condenación.

La comunicación abierta es esencial para una relación feliz en el matrimonio. Mientras que la pareja puede mantener la comunicación abierta y expresar sus sentimientos libremente el uno al otro, las dificultades pueden resolverse. La mayoría de los problemas en el matrimonio nacen de la incapacidad de comunicarse acerca de las tensiones. Hay unidad en el amor pero también tiene que haber libertad para que cada uno mantenga su propia personalidad e identidad. Cada cónyuge tiene que respetar los derechos y privilegios del otro.

Un buen ejercicio al aconsejar a un matrimonio perturbado es pedir que cada uno prepare una lista de las cosas que aprecia en el otro y luego leerla a su cónyuge, la misma hará que recuerden por qué se casaron. Después cada uno debe hacer una lista de las cosas que le irritan en el otro y otra vez leérsela. Generalmente las dos listas serán una revelación para los dos cónyuges. Comprobarán que no hubo comunicación de estas verdades entre sí y por consiguiente se encuentran con problemas. La mayoría no podemos leer la mente de otros y es preciso comunicar, o por palabras o por escrito.

Muchas parejas utilizan el silencio como arma para expresar desaprobación o para defenderse al estar atacados. El silencio no trae una resolución amigable al conflicto porque frena la comunicación y, por ende, la capacidad de resolver el problema. El camino a la paz es hablar con tranquilidad y así llegar a una solución razonable con madurez.

La falta de armonía en la interrelación matrimonial con toda seguridad afectará el aspecto físico y el placer de la satisfacción en el acto sexual. Los seres humanos son mucho más complejos que los animales y su vida sexual es mucho más que el impulso de apareamiento. Es una compleja experiencia emocional. Si sus relaciones sexuales no están basadas en el mutuo

amor verdadero y no son el resultado de cariño y consideración, terminarán en frustración para uno o los dos cónyuges.

La mayoría de los desacuerdos en la relación sexual en un matrimonio son el resultado de la ignorancia, el egoísmo, o el temor. Trataremos esto más ampliamente al examinar el manual de ejercicios. Una vida sexual sana y satisfactoria es mayormente un asunto de la actitud. *Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancha; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios* (Heb.13:4). El sexo fue diseñado por Dios para el bien del ser humano y es la expresión más íntima, más sublime del amor entre esposos. Se limita exclusivamente a los lazos del pacto matrimonial. No hay sombra alguna de mal en la relación sexual correcta dentro de los votos del matrimonio.

EL HOMBRE EN LA FAMILIA

Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón (1 Cor.1:11). Es verdad que el esposo y la esposa son iguales delante del Señor. Sin embargo, para alcanzar el plan perfecto de Dios en el matrimonio es necesario seguir las pautas que Él estableció para el rol de los cónyuges en la relación matrimonial. Las diferencias entre los sexos fueron dados por el Creador con el fin de equipar a cada uno en el rol que Él le designó. Dios es un Dios de orden y autoridad y Él diseñó Su creación con líneas de autoridad y disciplina, no con anarquía ni caos. *Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios es la cabeza de Cristo (1 Cor.11:3)* Este es el diseño divino e ignorarlo resulta en un hogar y una sociedad infeliz y desorientado.

Dios ordenó que el hombre sea responsable de dirigir su familia. Ser la cabeza quiere decir ser el dirigente. No quiere decir solamente privilegios y derechos. Significa autoridad y el derecho de dar la palabra final pero también significa asumir las responsabilidades que acompañan tal liderazgo. El hombre ha de *dirigir* su hogar. El esposo es responsable de todo lo que pasa en su casa . . . *que gobierna bien su casa, que tengaa sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?* (1 Tim. 3:4,5). Esta característica se incluye en la lista de cualidades de los hombres quienes llevan vidas que les califican para el liderazgo en la iglesia y que son ejemplos para todos los hombres. En el versículo 12, se requiere que los diáconos también sean buenos gobernantes de sus hijos y de sus hogares. El esposo debe tener su hogar bajo su control. Este incluye todos los miembros de su familia. Su tarea es asumir ese liderazgo.

El liderazgo no implica aplastar los talentos y dones de los demás. Un buen dirigente sabe encargar a otros con el trabajo y apoyarlos en sus tareas. El gobernante del hogar no descuidará ni destruirá los talentos de su esposa. La considerará como una maravillosa bendición de Dios, que le ayuda y le complementa. *El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová* (Pr. 18:22). Con la vida agitada de nuestra cultura moderna la mayoría de los hombres están ausentes de su hogar la mayor parte del día. El esposo depende de su esposa para estar al tanto de los pormenores del hogar. Tiene que consultar con ella con frecuencia para saber lo que está pasando en la familia. Es su responsabilidad corregir las cosas que no están marchando bien. A pesar de las condiciones cambiantes de la sociedad actual, Dios no ha relevado al esposo de sus responsabilidades como cabeza del hogar.

Ser la cabeza de la familia significa ver que todos los miembros de la familia sean estimados y cuidados. Quiere decir que las necesidades materiales, espirituales, y sociales de cada miembro estén provistas. Manifestaciones de egoísmo y falta de madurez de parte de un hombre casado son repugnantes y son pecaminosos. La responsabilidad del bienestar de la familia es una parte del liderazgo designado por Dios. Los deseos, opiniones, y comodidad de un solo miembro de la familia, especialmente del jefe, no debe ser el factor decisivo en una decisión. Toda decisión debe tomar en cuenta el bien común de la familia y los derechos y las necesidades de cada miembro.

Pensando en la crisis familiar evidente en nuestra sociedad moderna, el fracaso principal del esposo consiste en su descuido de la vida espiritual de la familia. En la mayoría de los hogares hoy el liderazgo en las cosas espirituales pertenece a la esposa en vez de al esposo. Esto no es la voluntad de Dios y llevará al desastre, a menos que no haya esposo o padre presente, o si el esposo no es creyente. Siendo cabeza de la familia de acuerdo al designo de Dios, el esposo y

padre es el llamado para ver que haya un tiempo de adoración familiar, estudio de las Escrituras, oración, y asistencia en los cultos de la iglesia. Él es el responsable de ver que sus hijos reciban enseñanza en el conocimiento y los caminos de Dios. Puede aceptar ayuda en esta tarea de su esposa, de la iglesia, o de la escuela, pero es su responsabilidad ver que sea hecho debidamente.

Una responsabilidad mayor del hombre para con su esposa es proveer sus necesidades sexuales. Él es el único que fue hecho exclusivamente para hacerlo. . . *cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento . . .* (1 Cor.7:2-5). El cuerpo del marido pertenece a su esposa para su satisfacción sexual. Ninguna otra mujer tiene derecho alguno bajo Dios a provocar o tocar sexualmente el cuerpo de un hombre excepto su esposa. Las Escrituras enseñan que Dios juzgará a los que lo hacen (Heb. 13:4).

En esta relación conyugal, como en todas las demás, el bienestar y el placer de la otra persona tiene la preferencia. Para que los dos tenga la satisfacción que Dios quiere que la relación sexual traiga al esposo y a la esposa, es importante entender las diferencias entre los sexos. Hablaremos de los órganos sexuales en otra clase (La Educación Sexual) Pero aquí notaremos la diferencia hermosa en la composición emocional del hombre y de la mujer según los creó Dios.

El impulso sexual en el hombre se estimula por la vista y puede excitarse con una provocación mínima. Por eso Cristo dijo . . . *cualquiera que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón* (Ma.5:28). Nunca dijo eso acerca de la mujer. La mujer normal

no tiene el problema de codiciar a un hombre al mirarlo. Una mujer responde a palabras y expresiones de cariño, así como a la caricia tierna y al toque tierno. Las emociones de la mujer se excitan más lentamente y tienen la capacidad de sostenerse por más tiempo.

El esposo tiene que aprender a ejercer control propio durante la relación sexual a fin de dar tiempo para que su esposa le alcance emocionalmente, debe expresarle su amor con ternura y cariño, acariciandola tiernamente. Para que ella sea completamente satisfecha en la experiencia el esposo debe traerla al orgasmo junto con él. Este es una capacidad que se aprende y se mejora con la práctica. No hay prisa. Tienen toda la vida para perfeccionar su relación. Después de la consumación del acto conyugal el esposo otra vez tiene que ejercer mesura y no retirarse inmediatamente. Pensando en el placer de su esposa, debe prolongar la experiencia.

Esta es otra área del matrimonio donde la comunicación es vital. Los cónyuges tienen que hablar libremente acerca de estos asuntos delicados. Revelaciones íntimas y francas de lo que es más agradable para su pareja ayudarán a los dos en pensar de la satisfacción del otro. Como en toda la relación matrimonial es preciso que los dos busquen el bien y el placer del otro en vez de pensar solo en sí y en su propio placer.

En el acto sexual del matrimonio como en toda la relación es normalmente el esposo (la cabeza) que inicia y dirige. No es necesariamente así. Es agradable que ocasionalmente la esposa muestre su deseo del compañerismo íntimo del sexo. Este ocurrirá si el esposo ha buscado sin egoísmo la satisfacción de ella en las experiencias previas.

El amor verdadero es darse a sí mismo para servir a otro. Un hogar cristiano feliz será la recompensa de los que practican el amor verdadero.

LA MUJER EN LA FAMILIA

En la clase anterior estudiamos el rol del hombre en la familia. Ahora veremos las enseñanzas bíblicas en cuanto a la mujer como esposa y madre. La Biblia declara que ella ha de ayudar, someterse, respetar, y amar a su esposo. Amplificaremos estos deberes en el Manual de Trabajo.

Dios mismo declara que la razón por la que creó a Eva fue para proveerle una ayuda a Adán. Esto define el plan de Dios para toda esposa. Puesto que Dios le dio al hombre autoridad sobre todo la creación, es un gran honor y responsabilidad ser su ayuda y compañera. Pero esta ayuda no se refiere solamente al trabajo, una esposa ha de ser ayuda idónea a toda necesidad que sienta el esposo. Ella debe ayudarlo en sus necesidades mentales, emocionales, y espirituales también. Proverbios 31:10 dice, *Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas.*

Sin duda el aspecto más difícil para la esposa en la relación de con su esposo es la sumisión. ¿Por qué demanda Dios sumisión de parte de la esposa? El apóstol Pablo explica que este mandato se basa en los eventos de la creación y la historia de la primera pareja. *Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión* (1 Tim. 2:12-14, el énfasis es mío). La sumisión también se basa en el plan perfecto de Dios y Su voluntad para Su creación. Él no tiene que explicarnos el por qué de lo que hace. Él sabe lo que es mejor para nosotros y nos dice que obedecerlo es agradarlo. Colosenses 3:23 nos dice que *todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres.* Este versículo estampa el sello a una serie de mandatos cuya

primera ordenanza es: *Casadas, estad sujetas a vuestros maridos*; implica que ella debe sujetarse a su esposo para agradar a Dios, no solamente para agradar a su esposo. No es tanto un asunto de cómo es su esposo ni como le trata; es cuestión de su relación con el Señor. Si una persona ama a Dios y quiere agradarlo, se sujetará a su esposo.

¿Porqué es tan difícil someterse? Es por la misma razón que es difícil someternos a cualquiera autoridad: todos tenemos una naturaleza pecaminosa y rebelde. Todos somos egoístas y queremos nuestra propia voluntad. Así que el primer paso para encontrar el lugar designado por Dios para la mujer en la familia es tener una relación correcta con Él. Jesús dijo, *Si me amáis, guardad mis mandamientos* (Jn. 14:15). También dijo, *Si sabéis estas cosas, bienaventurados [contentos] seréis si las hicieréis* (Jn. 13:17). El secreto de un hogar feliz es la obediencia a las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Es obvio que otro problema para la mujer moderna es el espíritu de este mundo. El Movimiento para la Liberación de la Mujer y las corrientes relacionadas despiertan en ella inquietud y rebelión. La mujer de hoy escucha y lee constantemente declaraciones tales como “*Tienes tus derechos*” y “*Te debes a ti misma*”, etcétera. Las mujeres son acosadas con ideas que las inducen a pensar que están maltratadas y que los principios bíblicos son anticuados y irrelevantes. Solamente cuando ella tiene una comprensión correcta de Dios y Su amor puede entender que el plan de Dios es para su bien.

Cuando el esposo obedece el mandato de Dios y ama a su esposa como Cristo amó a la Iglesia, no es difícil someterse a la autoridad de su esposo. Pero un problema grande se presenta si el esposo no es creyente. Muchas mujeres cristianas se encuentran en esta situación, y algunas piensan que esta es una excusa por no someterse. La verdad es que no hay excepciones en el mandato de Dios. El apóstol Pedro aborda esta misma situación en su primera epístola:

Asimismo vosotras, mujere, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa (1 Ped. 3:1,2). Con frecuencia las mujeres casadas con hombres incrédulos presentan una serie de “¿Qué pasa si...” tal como “¿Qué si mi esposo hace una decisión que llevará la familia a un desastre?” o “¿Qué si mi esposo me manda hacer algo pecaminoso – como abortar mi bebé?” Hay regular desacuerdo en cuanto a estas situaciones. Algunos estudiantes de la Biblia citan la respuesta de Pedro en Los Hechos 4:19: *Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir los que hemos visto y oído*, y en 5:29: *Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*, como una razón legítima para que una esposa desobedezca a su esposo incrédulo. En cambio, Elizabeth Rice Handford toma una posición fuerte contra este argumento en su libro *¿YO? ¿OBEDECER A MI MARIDO?*. Ella sostiene que Dios nunca nos dará dos mandatos opuestos, haciendo de este modo imposible obedecerlos sin transgredir una de ellos. Ella cita varios casos donde mujeres obedecían a sus maridos, confiando en Dios y pidiendo que Él cambie sus circunstancias, y lo hizo. Uno de sus ejemplos bíblicos es el caso de Abraham y Sara. Dos veces Abraham metió a Sara en situaciones donde tendría que cometer adulterio, pero cada vez Dios milagrosamente prohibió al gobernante tocarla. El apóstol Pedro utiliza a Sara como un ejemplo de una mujer en sujeción a su esposo. La señora Handford, basándose en sus muchos años como una consejera familiar, dice: *Cuando una mujer fía de la Palabra de Dios, se somete a su marido sin reserva, teme a Dios y le ama, entonces, Dios toma la responsabilidad de ver que esa mujer no tenga que pecar* (Handford, p. 43).

En estas situaciones es importante distinguir entre la ley de Dios y los deseos y preferencias personales de la esposa. Una mujer no está quebrantando la ley de Dios cuando su

esposo la prohíbe asistir a los cultos de la iglesia. Claro que es una actividad deseable, pero no hay mandato bíblico acerca del domingo en la mañana, domingo en la noche, o miércoles PM. El asunto importante es si una mujer vive diariamente en obediencia a su esposo, en una sumisión amorosa y sincera. Larry Christenson dice: *La sumisión es mucho más que una forma externa; es una actitud interna. Es más que una cabeza cubierta; es un corazón cubierto con honor y reverencia hacia el esposo* (Christenson, p. 48). Se le debe ese respeto, no por lo que él es, sino por su posición, posición dada por Dios como cabeza de la familia.

Tito 2:4 manda a las esposas a *amar a sus esposos*, y la palabra aquí es *fileo* se refiere a un amor emocional y cuidadoso. Elizabeth George, en su libro *UNA ESPOSA SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS*, dice de esta clase de amor: *. . .hemos de ser cariñosas y tratar con nuestros esposos en una manera amorosa . . . apreciar y gozarnos con nuestros esposos como con el mejor amigo* (George, p. 31). Esta actitud ayudará mucho en resolver los problemas en un matrimonio turbulento.

La “esposa virtuosa” de Proverbios 31:10 se define detalladamente en los versículos que siguen. Es un cuadro bello de una mujer que es competente, dinámica, una trabajadora entusiasta; es bondadosa, sabia, confiable, alegre, proveyendo por su casa y generosa con otros. Utiliza su inteligencia, su fuerzas físicas y su carácter de reverencia a Dios para el bien de su familia. En este pasaje tenemos un buen ejemplo de lo que quiere decir ser una “ayuda idónea” al esposo.

A veces al leer este pasaje nos sentimos abrumados con todas las actividades de la mujer virtuosa. Hay que recordar que no necesariamente hacía todas estas cosas al mismo tiempo. Notamos que muchas cualidades se refieren a su carácter, no sus actividades. Dios dio a la mujer todo lo que necesita para ser ayuda, compañera y amante de su esposo.

LOS HIJOS Y LA DISCIPLINA

El modelo para ser buenos padres es Dios. Él estableció la familia y los primeros padres. Él les dio la capacidad para tener hijos y la aptitud para criarlos bien. A la vez, hizo al hombre a su propio imagen con la posibilidad de obedecer o desobedecer Sus principios y Su voluntad. La mayoría de los padres tienen buenas intenciones y desean criar exitosamente a sus hijos, pero hay una ausencia crítica de buenos modos de pensar y planificar.

Las dificultades en el hogar no son exclusivamente nuestras. La naturaleza humana ha sido igual desde la caída de Adán y Eva. Las respuestas a los problemas causados por nuestra naturaleza pecaminosa y la de nuestros hijos se encuentran en el Guía del Creador. No tenemos que confeccionar nuestra estrategia para criar a los hijos al momento. Las culturas cambian y los detalles de nuestras relaciones familiares cambian pero los principios básicos permanecen siempre iguales. La crianza exitosa de nuestros hijos no estará modelado en las prácticas de nuestros padres ni de los vecinos sino en las reglas establecidas por Dios.

Somos responsables de criar a nuestros hijos en el temor y amonestación del Señor. Si fallamos, nos afectará a nosotros y a nuestros hijos durante toda la vida. Dios nos ha dado autoridad sobre los hijos y en gran parte somos responsables de su manera de ser y vivir. La tarea es más difícil porque somos padres imperfectos. No tenemos suficiente paciencia, ni comprensión, ni madurez. Los hijos también son llenos de defectos: problemas, pereza, rebeldía, y falta de responsabilidad.

Tenemos que desafiar a nuestros hijos con las metas más altas y a la vez comprender cuando fallan miserablemente. Dios nos ha dado un ejemplo magnífico de esta paradoja en su trato con nosotros. *Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en*

misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados (Sal. 103:8-10).

Los padres creyentes tienen ciertas metas y expectativas para sus hijos:

- **Que tengan una relación auténtica con Dios.** Quiere decir aceptar su don de salvación y andar con Él
- **Que tengan una relación amorosa y sin egoísmo con los demás.** El mejor lugar para que los hijos aprendan a relacionarse con otros es el hogar bajo la dirección de sus padres.
- **Que hagan algo significativo de sus vidas.** Queremos que tengan un impacto para Dios con los demás.
- **Que vivan una vida cristiana victoriosa.** Esta es la clave a una vida feliz y fructífera.
- **Que desarrollen integridad, confianza, humildad, y disciplina propia.**
Los padres son los designados a enseñar estos atributos a las criaturas inmaduras y pecaminosas.

Mientras seguimos estas metas en la crianza de nuestros hijos, es preciso que tengamos completa tolerancia por su derecho de ser humanos. Tienen el derecho de ser diferentes, de ser libres, de ser jóvenes. No es aceptable tolerar la maldad. El pecado patente y abierto requiere disciplina, arrepentimiento, perdón, y misericordia. La flaqueza e imperfección humana requiere tolerancia y comprensión. Todos tenemos problemas con falta de memoria, errores inocentes, falta de madurez, e irritación. Somos seres imperfectos y Dios nos da ejemplo de tolerancia y paciencia en Su trato con nosotros. Procurar hacer todo perfectamente, no dar

campo para ninguna falla en nuestros hijos, es crear un hogar opresivo y sembrar semillas de rechazo a nosotros y a nuestros valores. Si constantemente los criticamos y no pueden hacer nada que nos agrada, apagaremos cualquier estímulo de superación y quizás su amor y respeto por nosotros.

Junto con la tolerancia los niños necesitan la justicia. Si no experimentan la justicia en el hogar no tendrán un sentido práctico de lo que es correcto y lo que es malo. Tienen que aprender, muchas veces por medio del dolor propio, que es malo herir a otros. Nuestros hijos tienen que aprender por la experiencia la verdad de uno de los principios divinos de la vida: *No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*(Gal. 6:7). Este principio estará claro si practicamos la justicia en el hogar. La justicia requiere repreensión, conformidad, restitución, y muchas veces castigo.

El motivo principal en disciplinar a nuestros hijos es que *desistan*. Queremos que obedezcan y que dejen de hacer lo que es malo. Requiere esfuerzo e interés en el bienestar del niño insistir en la obediencia. No podemos ceder al gimoteo ni ruegos, ni aceptar excusas por un mal comportamiento. Lo vemos por lo que es: la manifestación de la naturaleza vieja pecaminosa. Claro que nos acordamos que el pecado y el pecador no son la misma cosa. Amamos al pecador y odiamos el pecado, y esto aclaramos al niño. Es difícil, pero necesario, encontrar el equilibrio entre severidad y flexibilidad, entre demandar y aceptar. Otra vez, Dios es nuestro modelo en Su trato con nosotros, Sus hijos.

El padre piadoso no permite que su deseo natural de tener buena relación con sus hijos le detenga de su responsabilidad de gobernar su casa con justicia. Tenemos que aceptar el rechazo temporal de nuestros hijos después que les hemos castigado. No debe ser permitido, bajo ninguna circunstancia, ceder a la hostilidad. Es por eso que tenemos la autoridad y poder

paterno. Es un error ceder a berrinches, súplicas vacías (ruegos insinceras a su amor), o soborno. En cambio, no es justo hacer que nuestros hijos sean la válvula de escape para nuestro enojo o dolor emocional. Muchas veces las mejores oportunidades para intimidad con los hijos ocurren después de haberles disciplinado o cuando hayan pasado tiempo en la escuela de golpes duros. Nos anima saber que las relaciones entre padres e hijos pocas veces están hechas en concreto. Algún día nuestros hijos nos agradecerán por la crianza piadosa.

Dios no nos ama “tal como somos”. Nos ama *a pesar de* lo que somos. Amamos a nuestros hijos por quienes son, no por lo que son. Les amamos con todos sus fallas. Cuando sean poco amables todavía les amamos, cuando no merezcan nuestro amor y respeto siempre les amamos. Nuestro amor inagotable siempre está, esperando mostrar compasión. Tan pronto que los hijos cambien, tan pronto que se arrepientan, tan pronto que digan “lo siento” y pidan perdón, estamos listos con compasión y misericordia.

Clase # 7

EL ADOLESCENTE EN LA FAMILIA

Podemos hacer de la adolescencia un tiempo de tensión y conflicto en la familia, tanto para nosotros como para nuestros hijos, o podemos aprovecharla como un tiempo de oportunidad para preparar a nuestros hijos jóvenes a vivir vidas que son productivas y que honran a Dios. Todos somos pecadores viviendo en un mundo caído. Hay una batalla en nuestras vidas y en las vidas de nuestros adolescentes. Es una batalla espiritual cuyo trofeo es el corazón. Esta batalla es de suma importancia porque lo que controla el corazón dirige la vida.

Cada etapa de la vida tiene sus propias tentaciones. *Huye también de las pasiones juveniles* . . . (2 Tim.2:22) indica que hay tentaciones que específicamente acosan a la juventud. Las tentaciones de un niño, un joven, y un adulto no son necesariamente idénticas. Tenemos que reconocer que muchas veces los conflictos con los adolescentes en la familia revelan los pensamientos y deseos erróneos de los padres. Cuando los padres llegan a reconocer, admitir, confesar, y dejar las actitudes malas de su corazón y las acciones incorrectas que resultan, se produce un cambio positivo en las relaciones con sus jóvenes hijos.

El adolescente de hoy encara tres asuntos centrales, los mismos ofrecen una oportunidad a sus padres, oportunidad para ayudarlo a poner en práctica las verdades bíblicas que deben guiar su vida. Estos problemas son inseguridad adolescente, rebelión juvenil, y su mundo creciente. Siente inseguridad acerca de su apariencia física, sus relaciones sociales, las ideas que le rodean, sus responsabilidades, y su futuro. Cuando estas inseguridades se manifiesten en comportamientos problemáticos, los padres tienen la oportunidad de aconsejarle y aplicar las verdades acerca de Dios, su Creador, acerca de la futilidad de procurar agradar a los hombres,

acerca de la soberanía de Dios, su identidad en Cristo, la guerra espiritual, la tentación, y mucho más.

El adolescente está en el proceso de independizarse de sus padres. Quiere ser un individuo y pensar por sí. Los adolescentes desean ser libres para probar cosas nuevas y comprobar sus límites. Hay el deseo de tomar decisiones propias, ser diferentes de sus padres, llevarse bien, ser aceptados por sus iguales. Todas estas luchas están acentuadas por el egoísmo de la naturaleza pecaminosa y pueden desviar al joven. Los tiempos de rebelión y conflicto que resultan son oportunidades para compartir y aplicar las verdades bíblicas que se relacionan con la autoridad, sembrando y cosechando, la naturaleza de verdad y falsedad, la ley y la gracia, la sabiduría y la sensatez, la confesión, el arrepentimiento, el perdón, la naturaleza y condición del corazón, etcétera.

Una de las cosas más intimidante para la juventud (y sus padres) es la expansión repentina de su mundo. Se encuentran en un mundo de amigos nuevos, situaciones nuevas, oportunidades y responsabilidades nuevas, nuevos pensamientos, nuevos planes, nuevas libertades, nuevas tentaciones, nuevos sentimientos, nuevas experiencias, nuevos descubrimientos. A veces estos cambios son emocionantes y a veces son espantosos y aplastantes. Todas estas emociones e inseguridades les proveen a los padres oportunidades para ayudar a su adolescente a entender y aplicar la soberanía y providencia de Dios, el pronto auxilio del Señor, la naturaleza de las relaciones bíblicas, la guerra espiritual, dominio propio, disciplina, contentamiento, fidelidad, honradez, la naturaleza del mundo, la carne, y el diablo, prioridades bíblicas, responsabilidad, mayordomía, y más.

Con mucha frecuencia las reacciones de los padres a los dilemas de sus hijos adolescentes revelan que no los ven como oportunidades para servirles a ellos y a Dios, mas bien como fracasos y aflicciones para soportar. La falta de tolerancia y el enojo que resultan llevan a los padres a atacarlos con palabras amargas de juicio, acusación y condenación. Muchas veces el problema está en el corazón de los padres tanto como en el comportamiento del hijo/a. Hay deseos secretos egoístos y motivos de los cuales los padres no se habrán dado cuenta.

Uno de estos deseos es nuestra propia comodidad. Sentimos que tenemos derecho de un hogar donde hay quietud, armonía, paz, y respeto. Cuando no lo logramos, respondemos con enojo y aún castigo injusto. Las Escrituras nos advierten que la vida es una guerra, una carrera, una lucha, y está llena de conflicto. No es un sitio donde uno es servido, donde hace solo lo que quiere hacer cuando quiere hacerlo. La misma guerra espiritual que hay en nuestro corazón está pasando en el corazón de nuestro hijo/a adolescente. Olvidamos quién es el enemigo y vemos a nuestro hijo/a como el enemigo. Nos impulsa a pelear *con* ellos en vez de *para* ellos. Tenemos que recordar la verdadera naturaleza de la batalla y la identidad del verdadero enemigo.

Otro de los deseos que nos engaña es el sentir que merecemos y queremos respeto. El respeto a la autoridad es una cosa buena y tenemos que inculcarlo en nuestros hijos. Sin embargo, respeto a nosotros personalmente no es algo que debe controlar nuestro corazón egoístamente. Hay que recordar la dimensión vertical. Los padres son los representantes de Dios guiando a su hijo/a a honrar y glorificar a Dios. El desarrollo, inseguridad, y torpeza del niño/a no debe ser un insulto personal. No recibimos el respeto por demandarlo ni por pelear por ello. Dios produce respeto verdadero en el corazón de uno. Nuestra meta no es que el niño/a nos tema ni que nos de el respeto que pensamos merecer, sino la meta es su crecimiento espiritual y su relación con Dios.

Un tercer deseo que nos puede cegar a las oportunidades de criar a nuestro niño/a en el camino del Señor es la meta de ser apreciados. Los hijos deben apreciar a sus padres pero eso no es el objetivo de la vida. La tendencia del adolescente es más que todo estar lleno de si y no tanto pensar y apreciar a otros. Otra vez, debemos aprovechar las oportunidades para instruir al joven indisciplinado en como seguir la amonestaciones de las Escrituras, no nuestras demandas personales. Estamos criando a nustrros hijos como un servicio a Dios. Recibiremos nuestra recompensa en el cielo. No tenemos que esperar ni demandar aprecio aquí en la tierra.

La mayoría de nosotros consideramos el tener hijos con un sentido de propiedad. Pensamos que son nuestros hijos y su obediencia es un derecho paterno. Nuestra identidad está involucrada en nuestros hijos y queremos sentir satisfacción y éxito por medio de la conducta de ellos. Cuando nuestros hijos no alcanzan nuestras expectativas, en vez de tener lástima por ellos y pelear por ellos, peleamos *con* ellos. Lloramos a nosotros mismos porque nos han robado una reputación de padres exitosos. Somos oprimidos, preocupados por lo que pensarán otros. Olvidamos que nuestros hijos no nos pertenecen. Nos fueron dados no para traer gloria a nosotros, sino a *Él*. Somos instrumentos en las manos de Dios y debemos buscar nuestra identidad en *Él* y en Su servicio, no en nuestros hijos ni en su rendimiento.

Hay dos maneras de vivir. Una es confiar en Dios y vivir en sumisión a Su voluntad y soberanía; la otra es procurar *ser* Dios. Durante los primeros años de ser padres, controlábamos todo. Por naturaleza éso nos gusta. Sin embargo, la verdad es que desde el primer día nuestros hijos están creciendo hacía la independecia. El bebito a quien ayudábamos a voltearse comienza a caminar y crear desorden. El niño que nos buscaba por dirección y ayuda ya pasa largos ratos fuera del hogar, siguiendo los consejos de otros. Si no podemos ceder poco a poco el control de sí a nuestro hijo habrá conflicto en el hogar. La meta de los padres no es retener un

control rígido sobre nuestros hijos con el fin de garantizar su seguridad y nuestra comodidad. La meta es ser utilizados por Dios para inculcar en los hijos, por medio de los principios de la Palabra de Dios, un control propio que va creciendo y madurando.

Dios no nos llama a conformar a nuestros hijos a nuestra imagen y a nuestros deseos sino a trabajar para que se conforman a la imagen de Cristo. Si nuestros corazones se gobiernan por nuestra necesidad personal de comodidad, respeto, aprecio, éxito, y control, procuraremos obligar a nuestros hijos a conformarse a nuestras expectativas y fracasaremos en nuestra responsabilidad recibida de Dios: Criarlos para Él.

LA EDUCACIÓN SEXUAL

Al considerar el asunto de la instrucción sexual de nuestros niños, una de las consideraciones más importantes es nuestra actitud. Nuestra actitud hacia el sexo involucra más que el conocimiento de los detalles básicos de la anatomía y fisiología de la reproducción. Incluye especialmente una comprensión de las dimensiones espirituales y las enseñanzas bíblicas acerca de la voluntad de Dios en cuanto a la vida sexual. La Palabra de Dios trata el sexo con franqueza y sin vergüenza y debemos tener la misma actitud. Una sana educación sexual o la falta de ella afectará a nuestros hijos por toda la vida. Influirá sus actitudes hacia sí y hacia los del sexo opuesto y afectará la respuesta que den a su medio ambiente. En realidad, determinará la clase de padres que lleguen a ser.

La educación sexual es importante para:

1. Ayudar al niño a aceptar cada parte de su cuerpo como cosa buena y tener una comprensión sana de su desarrollo sin vergüenza o culpa
2. Ayudar al niño a entender su rol en la vida y aceptarse como Dios lo creó
3. Borrar la curiosidad malsana. Quita el misterio, así no necesitará investigaciones secretas y experiencias desafortunadas.
4. Evitar complejos serios y desajustes posteriores en la vida. Fomenta el desarrollo de actitudes normales y bíblicas en la vida adulta.
5. Fomentar un respeto sano a Dios y Su plan para la propagación humana.
6. Aumentar la confianza del niño. Le llevará a confiar en sus padres en otros asuntos también.
7. Anular información errónea y malsana de otras fuentes.

8. Ayudar al niño a aceptar nuevos hermanitos en una forma sana.
9. Fomentar un orgullo de su propio sexo y ayudarlo a apreciar los atributos y capacidades del sexo opuesto.
10. Prepararle para hacer decisiones maduras acerca del noviazgo y el matrimonio

Los niños por naturaleza son curiosos. Es la manera en que aprenden. También son naturalmente curiosos acerca de sus órganos sexuales así como son en cuanto a lo demás de su medio ambiente. No hay razón de tener vergüenza ni ser sigiloso acerca de cualquier miembro del cuerpo. Es bueno que los niñitos observen el bañarse y vestirse de las criaturas del sexo opuesto y es bueno contestar sus preguntas con verdad y sin vergüenza. Una vez satisfecha su curiosidad, probablemente perderán interés en las diferencias.

Mientras que va creciendo el niño/a es importante enseñar el decoro por ejemplo y por instrucción. Uno de los resultados naturales del proceso de maduración es el crecimiento en decoro. Esto comienza con más o menos seis años de edad. Cuando el niño manifieste el deseo por privacidad al vestirse, bañarse, o usar el inodoro, toda la familia debe respetar su deseo. Hay que enseñarles lo que es aceptable en público y porqué es así. Hay que decir a las niñas, y mostrarlas por ejemplo, como guardar su falda bien puesta y a los niños que guarden su pantalón arriba y con la cremallera cerrada. Deben aprender a susurrar cuando tienen que ir al baño. Es la responsabilidad de los padres enseñar buenos modales y cortesía en estos asuntos como en todo lo demás.

Dios no hizo el cuerpo humano con algunas partes buenas y otras partes malas; lo hizo todo bien. Cuando hablemos de los órganos reproductivos con nuestros hijos, es útil usar sus términos médicos en vez de los nombres vulgares de la calle que se relacionan con actitudes impías. Los términos correctos de los órganos sexuales masculinos visibles son:

- El escroto – la bolsa pequeña colocada entre las piernas del hombre que contiene los testículos.
- Los testículos – los órganos sensitivos, aovados, colocados en el escroto, que producen la esperma
- El pene – el órgano masculino sexual por el cual sale ambos la orina y la esperma. Normalmente es blando y esponjoso pero con excitación se llena con cantidades de sangre que produce una erección haciéndolo sobresalir del cuerpo.

Los órganos femeninos genitales mayores son:

- El área de la vulva – consiste de los labios exteriores, o la *labia majora*, y los labios interiores (*labia minora*). Estos cubren las entradas a la vagina y la uretra.
- La vagina – el órgano sexual femenino que corresponde al pene del hombre y fue diseñado para recibirlo. Hecho de tejido blando muscular, provee un pasillo desde el exterior del cuerpo al útero donde los bebitos crecen y se alimentan en la gestación.

Siendo que la Biblia prohíbe el acto sexual afuera del matrimonio, algunas mujeres tienen recelo para entrar con entusiasmo en las relaciones sexuales después del matrimonio. A veces las ideas preconcebidas de padres malajustados o de amigos comunican un sentido malo al sexo y hay una asociación subconsciente de culpa al participar en el acto. Esto no es la percepción del Creador. *Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios* (Heb. 13:4). El compañerismo íntimo de las relaciones sexuales entre esposos agrada a Dios y es una parte de Su plan para la raza humana.

La educación sexual comienza con la actitud de los padres hacia los pañales, el bañarse, y el aseo personal. Una actitud apropiada muestra a su hijo/a que las funciones del cuerpo son normales y correctas. La educación sexual debe comenzar al momento que el niño empieza a

hacer preguntas. Las preguntas se deben contestar claramente y con sencillez. No hay que dar detalles no solicitados a los niños pequeños. Al madurarse el niño, será necesario dar explicaciones e instrucciones más detalladas. El niño recordará más la actitud de los padres que los detalles. Si percibe vejeza de parte de sus padres, el niño captará la idea de no preguntarles y buscará información de otras fuentes indeseables.

LA PREPARACIÓN PARA EL MATRIMONIO

La clave de un matrimonio exitoso y el cemento que une a las dos personas es el pacto realizado. Entrega para toda la vida es la intención que Dios tenía para un hombre y una mujer en la relación matrimonial. El amor, en la relación entre dos pecadores, puede tener sus momentos fríos. Es el pacto matrimonial lo que los sostiene en los tiempos difíciles.

La tasa tan alta del divorcio, ya endémico en la sociedad, indica relaciones que han fracasado. Mucha veces el fracaso ocurre porque los involucrados se arrastraron al matrimonio por el amor romántico y nunca tomaron el tiempo o el esfuerzo para desarrollar el amor verdadero “ágape”. No adquirieron las habilidades para mantener una relación exitosa durante toda la vida.

Las relaciones entre un hombre y una mujer son interacciones complicadas que requieren considerable tiempo y energía para desarrollarse . Las parejas que pasan rápidamente por las varias etapas necesarias de la intimidad no tienen suficiente fuerza para aguantar las confrontaciones inevitables sobre las necesidades y deseos contrarios. La corriente de la gratificación instantánea del mundo actual impulsa a muchos a actuar con rapidez y saltarse el tiempo necesario para crecer y formar una relación estable y duradera.

Las normas de Dios para la sexualidad humana se tratan en la Biblia con una importancia Capital entre las reglas de interacción humana. Las leyes del matrimonio fueron diseñadas expresamente para el bien del ser humano. El hombre, en su naturaleza caída, independiente, arrogante, insensata, perversa, ciega, y malvada, infringe esas normas divinas y luego sufre las consecuencias.

Las relaciones sexuales fuera del matrimonio, incluyendo el sexo antes del matrimonio, están explícitamente prohibidas en la Palabra de Dios. *¿No sabéis que los injustos no herederán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones . . . heredarán el reino de Dios (1 Cor. 6:9, 10). Y manifiestas son la obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia. . . (Gal. 5:19). Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos (Ef. 5:3). Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación . . .que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto . . . (1 Tes. 4:3,6).*

Dios diseñó el sexo para que sea una relación exclusivamente monógama para el bienestar humano. Quiere decir que los deleites físicos y emocionales más exquisitos pueden experimentarse solamente en la entrega total del matrimonio. En las sociedades donde las parejas se casan poco después de la pubertad, ejercer el control propio en asuntos sexuales es más fácil que en nuestra cultura. En nuestra tradición, la adolescencia dura de seis a diez años, este es un tiempo en que naturalmente la juventud es abrumada por el deseo sexual físico, pero no se casa. A esto se suma el ambiente moral de nuestro tiempo en que el sexo prematrimonial se considera normal, y la idea de abstinencia hasta el matrimonio parece ridícula o imposible por tanto esperar el matrimonio llega a ser una batalla.

Es preciso que ayudemos a nuestra juventud a entender las razones por las que deben esperar el matrimonio para el sexo. Dios estableció la normas para nosotros por Su amor hacia nosotros. Dios está pensando en nuestro bienestar cuando dice *no hagáis*. Continuamente demuestra Su amor para con nosotros al proveer para nosotros y protegernos. Establece límites para nuestras actividades, incluyendo el sexo, para guardarnos de hacernos daño. Acciones

erróneas tienen consecuencias. Dios, por Su compasión y amor por nosotros, quiere protegernos de las consecuencias dolorosas y negativas del sexo prematrimonial.

Hay razones físicas, emocionales, relacionales, y espirituales por las cuales se deben esperar el matrimonio para disfrutar del sexo.

Físicamente hay una epidemia de enfermedades de transmisión sexual hoy en día, especialmente entre personas sexualmente promiscuas. Hay docenas de estas enfermedades hoy y un solo acto sexual puede contagiar a una persona de hasta cinco enfermedades distintas. Una enfermedad de transmisión sexual puede pasarse por formas variadas de coito, oral, anal, o vaginal, y aún por masturbación mutua. Puede infectarse uno por medio de otro en que la enfermedad queda latente (y por tanto no tiene indicios de enfermedad). Una contestación honesta a una pregunta íntima tampoco es garantía de que no hay peligro. Sin duda la más seria de estas enfermedades es VIH o Sida y es fatal. Hasta ahora no hay remedio. La única protección es la abstinencia.

Otra razón física por decir *no* al sexo prematrimonial es la posibilidad real de un embarazo no deseado. No hay ningún método de protección que sea cien por ciento seguro. Todos los métodos de control de la natalidad tienen un porcentaje de fallas. Dios hizo el sexo, entre otras razones, para la procreación. Los que fornican, ¿están listos a crear bebés? La mujer soltera embarazada tiene cuatro opciones: dar a su bebé en adopción, casarse con el padre del niño, criar al niño sola, o tener un aborto. La mayoría de los hombres quienes son responsables por el embarazo de mujeres solteras las abandonan eventualmente, y ellas tienen que tomar la decisión a solas.

El aborto a veces parece la forma más fácil de resolver el problema del embarazo no deseado pero el daño emocional y físico a la madre es verdadero y enorme. El asesinato es otro pecado

que lleva sus consecuencias y no contribuyen a una vida feliz y satisfecha. La solución al problema de los embarazos no deseados no es el aborto ni la disponibilidad de contraceptivos sino creer la infalible Palabra de Dios y aceptar que Sus mandatos sabios son para nuestra bien.

Hay muchas consecuencias emocionales devastadoras al sexo prematrimonial. La culpabilidad es una que puede obsesionar a un persona durante años. Dios nos hizo de tal manera que reconocemos cuando hemos pecado. El acto sexual es mucho más mejor disfrutado cuando sabemos que estamos actuando correctamente dentro de la intimidad del matrimonio. Los que son promiscuos sufren también de un síndrome de comparación y ejecución. El plan de Dios nos protege de ser evaluados solamente por nuestra actuación en la cama al reservar el sexo para el compromiso del matrimonio. Sin los lazos del matrimonio el sexo es intrínsecamente un acto egoísta para provecho personal y conlleva inseguridad porque los participantes tienen que agradar al otro continuamente o poner en peligro la relación. Cuando creemos que el sexo es el amor, confundimos los conceptos sencillos de dar y recibir y esto afecta todas las relaciones del matrimonio. El matrimonio es una institución en la cual un hombre y una mujer comparten en todo aspecto de la vida. Esperar el matrimonio para el sexo da oportunidad para que el amor genuino se desarrolle legítimamente en el sentido físico. Hay también el asunto de la virginidad. Solamente hay una oportunidad para “la primera vez”. La experiencia emocional de esa “primera vez” quedará con la persona durante toda la vida. El plan de Dios es que esa “primera vez” sea con su compañero de toda la vida.

Hay mucho más que el sexo en construir la intimidad y la satisfacción en la relación matrimonial. Todos queremos amar y ser amados. El sexo es meramente la expresión física del amor íntimo. No es la fuente de ese amor. Esperar el sexo requiere que la pareja desarrolle una relación madura que resulta en un matrimonio de por vida. El deseo de acortar el proceso por

ceder al sexo antes del matrimonio puede crear barreras que hace imposible normalizar la relación. El sexo ilícito ha dañado muchas más relaciones de las que ha enriquecido. Muchas veces destruye la confianza y la fe en la relación y resulta en su terminación. Es común ver a los jóvenes dejar a las chicas que han dañado. No quieren una persona dañada como esposa una vez que la han usado.

La abstinencia hasta el matrimonio es el único sexo “seguro”. La única manera correcta es hacer las cosas según el plan de Dios en vez de según nuestras ideas. El propósito de la vida es glorificarle a Él y el pecado no puede glorificarle nunca, ni puede contribuir a una vida feliz y exitosa.

LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA FAMILIA

Solamente cuando Cristo sea honrado y reciba la preeminencia en todo en el hogar se manifestará su presencia y se gozará de su bendición en todo aspecto del hogar. La consciencia constante de la presencia del Señor, el estudio persistente de Su Palabra, y la obediencia a ella forman la base de un hogar que es verdaderamente *cristiano*.

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes (Dt. 6:6,7). Este mandato obviamente se refiere a las actividades del hogar. Es muy provechoso tener un tiempo planificado como parte de la rutina diaria de la familia cuando se lee la Palabra de Dios, cuando se enseña sus verdades, y se las aplican a los asuntos diarios. En ese tiempo pueden orar juntos, pueden fortalecer a los débiles, arreglar problemas, ganar a los incrédulos, y pueden honrar y adorar a Dios. Este tiempo de devociones familiares junta a la familia como una unidad en la presencia de Dios y en Su verdad.

La carrera loca para alcanzar las cosas, los placeres, la vida social, y el mejoramiento personal hace difícil encontrar tiempo para que la familia esté junta, aún para comer. La vida agitada de nuestra sociedad y la tendencia de intentar a vivir dos o tres vidas en una sólo vida afectan negativamente la realización del altar familiar y la adoración a Dios como una familia. La edificación del carácter, el crecimiento espiritual, y la victoria en el hogar tienden a ceder ante las demás obligaciones del día. Los resultados destructivos se ven en los periódicos cada día. La tasa de divorcios entre creyentes es igual a la de los incrédulos. La delincuencia juvenil, el uso de drogas, el sexo promiscuo, el aborto, suicidio, y problemas siquiátricos se encuentran en las familias cristianas tanto como en las no cristianas.

¿A qué precio vamos a descuidar este tiempo familiar y así ver a nuestros hijos (y sus padres) sen vencidos por la carne, el mundo, y el diablo? Dondequiera que encuentre una familia que practica fielmente el altar familiar, encontrará una familia bendecida por el Señor y gozando de una integridad que no hay en las demás. Por supuesto, los padres tienen que practicar los principios bíblicos en sus vidas personales y en sus hogares también. Las devociones familiares no disminuyen la importancia de un tiempo devocional personal de cada miembro de la familia.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Jay E., *Christian Living in the Home*, Grand Rapids: Baker Book House, 1972
- Christenson, Larry, *The Christian Family*, Minneapolis: Bethany Fellowship, 1970
- Farah, Charles, *How to Rear a Happy Christian Family*, Chicago: Moody Press, 1953
- George, Elizabeth, *A Wife After God's Own Heart*, Eugene Oregon: Harvest House, 2004
- Handford, Elizabeth Rice, *¿Yo Obedecer a mi Marido?*, Grand Rapids: Portavoz, 1972
- LaHaye, Tim, *How to be Happy Though Married*, Wheaton Il: Tyndale House, 1968
- Lucas, James R. *The Paradox Principle of Parenting*, Wheaton Il: Tyndale House, 2003
- McDowell, Josh, *The Secret of Loving*, San Bernadino CA: Here's Life Pub., 1985
- Why True Love Waits*, Wheaton IL: Tyndale House, 2002
- Mcquilken, Robertson, *Biblical Ethics*, Wheaton Il: Tyndale House, 1995
- Narramore, Clyde M., *How to Tell Your Children about Sex*, Grand Rapids: Zondervan, 1958
- Tally, Jim A. & Reed, Bobbie, *Too Close Too Soon*, Nashville TN: Thomas Nelson, 1990
- Tripp, Paul David, *Age of Opportunity*, Phillipsburg NJ: Presbyterian & Reformed, 2001